

Abrevando en aguas y culturas

¿Dónde comenzó la civilización? ¿Cómo influyeron en los orígenes las condiciones ambientales? ¿Siempre consideró la humanidad necesario explotar o hacer producir a la naturaleza en forma artificial? ¿Por qué emergieron las primeras ciudades, que luego dieron origen a grandes imperios, en algunos espacios y ambientes y no en otros? ¿Quiénes fueron los *dueños* del agua? ¿Debe tener este recurso dueños? Estas y otras preguntas son las que se han hecho los historiadores tanto en la antigüedad como los contemporáneos. Más allá de la diversidad de respuestas que puedan darse a estos interrogantes, siempre encontramos presente en ellas al agua. *Anales de la educación común* seleccionó estos breves ejemplos que ilustran cómo la preocupación por el uso de este elemento es casi tan vieja como la humanidad, ya que a lo largo de toda la historia ha existido una estrecha y compleja relación entre el surgimiento y el desarrollo de las civilizaciones y los principios y los modos en que éstas se apropiaron y/o explotaron los recursos naturales. Casi como ningún otro factor, el agua ha sido siempre condición de la vida y la cultura y, al mismo tiempo, causa de conflictos y de guerras entre los pueblos. Fuente de energía, protagonista de rituales religiosos y de hábitos de higiene y de alimentación, fundamento del desarrollo agrícola y del comercio, factor de poder y de dominación.

Simbolismo(s) del agua: El Diluvio y el bautismo

Aguas eres la fuente de toda cosa y de toda existencia.
(Texto indio de tradición védica).

El (los) simbolismo(s) del agua ha sido bastante estudiado desde perspectivas filosóficas, psicológicas y estéticas, que no es posible desarrollar aquí. Sin embargo, consideramos un aporte interesante para la reflexión acerca de las problemáticas medioambientales contemporáneas mencionar brevemente algunos de estos. Mircea Eliade, investigador en historia de las religiones, analizó el simbolismo del agua en diversas cosmovisiones en las que se repite tanto el ritual purificador por medio de la inmersión en agua (del que probablemente provengan las abluciones del islamismo y el bautismo cristiano), como el relato mítico del Diluvio universal, que aparece quizás por primera vez en el antiguo Poema de Gilgamesch² y del que se supone se nutrieron los textos bíblicos. En estas tradiciones, el agua es concebida como el fundamento o “sustancia primordial” (Eliade, 1972) que da origen a todas las formas y a las que, en las cosmovisiones cíclicas –anteriores o sincrónicas con el judeo-cristianismo– periódicamente y mediante cataclismos o inundaciones naturales, se regresa, a través de rituales iniciáticos o mágicos, como en un renacimiento. Este

simbolismo del agua, que está indisolublemente ligado a la fecundidad y la vida, se asocia generalmente también a lo femenino: la luna, la noche, la muerte y la inmortalidad.

Así todas las valencias metafísicas y religiosas de las aguas constituyen un conjunto de una coherencia perfecta. A la cosmogonía acuática corresponden las hilogenias, las creencias en que el género humano nació de las aguas. Al diluvio o al sepultamiento de los continentes en las aguas corresponde, en nivel humano a la segunda muerte del alma o a la muerte ritual, iniciática del bautismo. Pero, tanto en el nivel cosmológico como en el nivel antropológico, la inmersión en las aguas no equivale a una extinción definitiva, sino únicamente a una reintegración pasajera en lo indistinto, a la que sucede una nueva creación, una nueva vida, o un hombre nuevo, según que nos encontremos frente a un momento cósmico, biológico o soteriológico. Desde el punto de vista de la escritura, el diluvio es comparable al bautismo y la libación funeraria o el entusiasmo ninfoléptico a las lustraciones de los recién nacidos o a los baños rituales primaverales que proporcionan la salud y la fertilidad. [...] Cualquiera sea el conjunto religioso en que se presentan, las funciones de las aguas se muestran siempre igual: desintegran, lavan los pecados, purificando y regenerando al mismo tiempo. [...] Todo contacto con el agua, cuando es practicado con una intención religiosa, resume los dos momentos fundamentales del ritmo cósmico: la reintegración en las aguas y la creación. (Eliade, 1972).

Aunque es imposible agotar esta perspectiva en este breve texto, queremos mencionar la interpretación de la simbología del agua que Carl G. Jung formuló en sus estudios acerca de los arquetipos simbólicos en el inconsciente colectivo, –entendidos como el conjunto de patrones primordiales representados por imágenes que se repiten a través de todas las culturas y todos los tiempos– en los cuales el agua (en tanto sustancia germinativa) aparece asociada con el arquetipo de la Gran Diosa o Diosa Madre arcaica (dadora de vida), y las divinidades de las cosechas, entre otras. Para Jung, incluso el mito del nacimiento de un niño de una mujer virgen que luego incorporarán el judaísmo y el cristianismo, proviene de la antigua metáfora religiosa de la celebración de la recolección de los frutos de la agricultura (Jung, 1989). La metáfora del *dar a luz* de las diosas se vincula con la fructificación de la tierra.³ En este mismo sentido, también en las civilizaciones mesoamericanas, el simbolismo del agua fue central en su cosmovisión.

Mesoamérica tuvo como principal base material la agricultura, fue una sociedad agrícola y, por ello, desde su pasado más remoto valoró la importancia del agua, creando a través de ella su visión más profunda de la vida. El término *náhuatl* para pueblo o comunidad era *atepetl*, que significa “cerro de agua”, de la raíz *atl*, “agua”, y *tepetl*, “cerro”; éste manifiesta no sólo la cercanía geográfica que las culturas fundadoras mantuvieron con el recurso, sino su concepción simbólica originada por los toltecas antiguos de Teotihuacán. La mayor parte del pensamiento mesoamericano se ha reconstruido gracias a los restos arqueológicos, pues existe una gran ausencia de testimonios escritos, pero podemos saber que en Teotihuacán existen representaciones de divinidades que simbolizan distintas fuerzas naturales como el agua, el viento, el fuego y la tierra. Es cierto que estos cuatro elementos han cobrado un

significado importante en diferentes culturas del mundo, pero no en todas se muestra la consolidación de una cosmovisión en la que las divinidades que los personifican construyen un complejo simbólico ampliamente desarrollado. (Vega, 2006).

La Media Luna Fértil y Egipto: primeras civilizaciones

No obstruí el agua cuando debía correr.

Libro de los muertos, Egipto.

En las últimas décadas, para la mayoría de los habitantes de Occidente, la región que hoy se conoce como Medio Oriente está indisolublemente ligada a la guerra y a la consecuente pobreza y devastación en la que esta ha sumergido a los pueblos que la habitan. El deseo de apoderarse de los recursos energéticos de estas tierras, principalmente del petróleo, constituye una de las principales causas de esta violencia. Pero no siempre fue así.

En Asia occidental, en la nación de Irak, hay dos ríos que fluyen desde las montañas turcas hasta el golfo Pérsico. Son el Tigris y el Eufrates. Estos dos ríos son una infaltable fuente de agua, de modo que las tierras que los rodean son particularmente adecuadas para la agricultura. Es una tierra fértil, de clima suave, inviernos lluviosos y veranos secos. Su fertilidad es tanto más notable cuanto que al noroeste están las duras montañas de Irán y al sudoeste el árido desierto árabe. [...] El historiador norteamericano James Henry Breasted la llamó la Media luna Fértil, y éste es el nombre con que se la llama ahora comúnmente. [...] El hecho humano más importante en relación con la Media Luna Fértil y el valle del Nilo es que, hasta donde llega nuestro conocimiento, la civilización comenzó allí. Fue en esas regiones o cerca de ellas donde se inició la agricultura, donde se fabricó alfarería por primera vez, donde fueron originalmente domesticados animales, donde se construyeron las primeras ciudades y donde se inventó la escritura. [...] Por el año 2800 a.C., a lo largo de los tramos inferiores del Tigris y el Eufrates, la civilización sumeria estaba en su pleno apogeo, mientras también florecía la civilización egipcia. Con el tiempo, ambas llegaron a formar grandes imperios. (Asimov, 1988).

La domesticación del agua

El antiguo Egipto creció y se desarrolló como una sociedad hidráulica basada en la agricultura de los valles situados en las riberas del río Nilo. Los egipcios llamaban a su país *kemet*, –la tierra negra–; y al desierto *deshret*, –la tierra roja–, y a sí mismos se llamaban *remet en kemet*, –habitantes de la tierra negra– (Gudiño Kieffer, 1995). Esta era la tierra cultivable. Las inundaciones anuales del Nilo depositaban el limo que hacía fructificar la tierra y marcaban no sólo el ritmo de las estaciones sino también el de los cultivos con los que se alimentaba la población. Es muy probable que sin el Nilo, Egipto hubiera sido un desierto, únicamente habitado por comunidades nómadas, y no hubiera podido

desarrollarse allí la civilización milenaria que hoy conocemos. Sin embargo, las inundaciones a menudo eran irregulares, mientras que el cultivo de hortalizas y legumbres demandaba agua a intervalos más o menos predecibles y constantes. Además, el Nilo no discurre por todo Egipto y había tierras naturalmente inundadas por la crecida del río y otras alejadas de él que debían ser regadas artificialmente. Para solucionar este problema se vieron obligados a *domesticar* el agua.

El riego era imprescindible, y desde la antigüedad se identificó al dios Osiris (dador de vida y fertilizador) con las aguas fértiles de la inundación y como quien enseñó a los hombres los secretos de la agricultura (Wincks y Brinton, 2000). Los egipcios construyeron diques con el fin de controlar la inundación y crearon, en la compleja estructura de la burocracia egipcia, el equivalente a un actual *Departamento de riego* muy bien organizado, cuyos jefes eran elegidos entre los mejores arquitectos del Imperio. Se ha encontrado documentación que menciona, entre los títulos de los más altos dignatarios, el de “el jefe de riego”. Uno de los objetivos de este Departamento era el de vigilar la crecida y el descenso del nivel de las aguas del Nilo, para lo cual se excavaban pozos que comunicaban con el río y en los cuales se colocaba un palo o escala que indicaba el nivel más alto del agua en cada año. El historiador griego Diodoro Sículo (c 90-20 a. C.), quien visitó Egipto en el siglo I a. C., relató en su *Biblioteca histórica* cómo esta información se daba a conocer, mediante mensajeros, a todas las ciudades para evitar la incertidumbre y ansiedad que las inundaciones producían en el pueblo. En este mismo sentido, los egipcios construyeron presas, canales y lagos artificiales aprovechando depresiones del suelo donde podía hacerse llegar el agua del río y dejarla embalsada como reserva para ser utilizada en períodos de sequía. Además de estas obras, existían máquinas que cumplían la función de *elevadores* de agua para poder regar las tierras limítrofes. Hasta nuestros días se conservan pinturas de las tumbas tebanas que representan escenas de riego en las que aparece representado el uso del *shaduf*, “un ingenio mecánico para elevar agua, traído desde Siria. El *shaduf* estaba formado por 2 pilares de 2 metros cada uno unidos.” (Soria Trastoy).

Transportar el agua: los acueductos

Sólo los romanos os lo termináis todo. Nosotros comemos sólo lo que necesitamos. Por eso vuestro lado del muro es tan pobre y está todo parcelado y la tierra desventrada y los arroyos confiscados, mientras que en el nuestro todo se parece más a lo que los dioses pensaron, y las flores cantan al sol.

William Dietrich

Si bien muchas culturas antiguas de regiones como la India o la Mesopotamia construyeron acueductos, el sistema de transporte de agua más extenso de la antigüedad fue posiblemente el construido por los romanos.

El primero que construyeron, Aqua Apia, era un acueducto subterráneo de 16 km de longitud. Fue erigido durante el mandato de Apio Claudio (llamado el Ciego), por lo cual se llamó posteriormente Vía Apia, hacia año 310 a.C.

El primer acueducto romano que transportaba el agua sobre la superficie del suelo fue el Aqua Marcia, en Roma; tenía una longitud de 90 km y fue construido por el pretor Marcio en el año 144 a.C. La sección de este acueducto, soportada por puentes, medía unos 16 km. Diez acueductos suministraban agua a la antigua ciudad de Roma, unos 140.000 m³ de agua al día. En la actualidad se encuentran porciones de ellos que todavía están en funcionamiento, y proporcionan agua a las fuentes de Roma. Los antiguos romanos también construyeron acueductos en otros lugares de su imperio, muchos de los cuales se mantienen todavía en buen estado: el acueducto sobre el canal de Francia; el de Segovia en España y el de Éfeso en Turquía. (Enciclopedia Encarta, 1997).

Baños y jardines: termas romanas y *Al-andalus*

Los ritos de purificación por medio del baño están presentes en casi todas las tradiciones religiosas: indias, islámicas, judías, entre otras, y las termas más antiguas que se conocen son probablemente las de la ciudad india de Mohenjo-Daro (2000 a. C.). Sin embargo, fueron los romanos quienes extendieron la práctica de los baños públicos (termas) a todo el imperio. Las termas cumplían importantes funciones, no sólo rituales y medicinales, sino también políticas y sociales, ya que el acceso a éstas constituía un derecho para los ciudadanos, tanto patricios como plebeyos. Incluso, en ocasiones, el emperador, o algún patricio de recursos, otorgaba permiso a los esclavos para acceder a las mismas. En la tradición griega así como en la romana, en estos ámbitos, además de los baños a diferentes temperaturas, se practicaban actividades deportivas y lúdicas, se recibían masajes corporales con aceites y ungüentos, y se realizaban reuniones sociales. La monumentalidad de estas construcciones se hizo posible por medio del desarrollo de una compleja ingeniería hidráulica.

Desde Nerón a Constantino, el baño monumental constituyó la forma arquitectónica más relevante de su tiempo, casi con la misma importancia que tuvieron las catedrales en la Edad Media, representando un papel más destacado que los palacios en el Renacimiento y el barroco e incomparablemente más importante que los museos, parlamentos o teatros del siglo XIX. (Sdelmayr, 1965).

Mucho tiempo después de la caída del imperio romano, hacia el siglo IX, la capital andaluza de Córdoba (España) “estaba salpicada de jardines, que se conocían como ‘los prados murmurantes’” (Paris, 2003). Como muchos pueblos provenientes del desierto, los árabes amaban el agua, por lo cual no sólo implementaron grandes obras de riego para alimentar los vastos sembradíos de arroz, olivares, viñedos, trigo, algodón y caña de azúcar, sino que también crearon extraordinarios jardines. Cultores de la ciencia botánica y de nuevas técnicas agrícolas, transplantaban desde las montañas higueras, almendros y granados, que perfumaban la ciudad, y construyeron cañerías de plomo para canalizar el agua que, proveniente de los ríos, nutría a estos jardines como así también a las fuentes y los baños. En un relato de esa época, un cronista observó que “los árabes de Andalucía eran las gentes más limpias de la tierra. [...] Llevan la limpieza a tal extremo que es más común que un hombre pobre gaste su último *dirham*⁴ en comprar jabón en lugar de comida”. Otro cronista de entonces comentaba, refiriéndose a la

población cristiana del norte, que “viven como animales [...] no se lavan ni los cuerpos ni la ropa, que solamente se sacan cuando está deshaciéndose en harapos”. (Paris, 2003, 47).

Agua y agricultura americanas. Cenotes

La palabra *cenote* se cree tiene su origen en la voz maya *dzonot* que significa “sagrado” y refiere al uso que los mayas hacían de estos pozos de agua, como lugares sagrados y de sacrificio. Debido a su naturaleza caliza

[...] la península de Yucatán determina que la mayor parte de las aguas provenientes de las lluvias se filtren hasta constituirse en mantos freáticos que se mueven de manera lenta hasta desembocar como fuentes gigantescas bajo el nivel del mar. El fenómeno más importante de la circulación subterránea de las aguas es el hundimiento parcial o total de las bóvedas de las grutas. Después del hundimiento, el fondo de la caverna queda por debajo del nivel freático de las aguas subterráneas, aparecen anchos pozos naturales de contornos más o menos circulares y paredes más o menos verticales que reciben el nombre de *cenotes*, plural de una corrupción española del vocablo maya *dzonot*. (Quezada, 2001).

Hacia el año 2.000 a. C., los mayas tenían un gran desarrollo agrícola y controlaban la producción de maíz, frijol y calabaza, entre otros cultivos, pese a habitar un ambiente poco favorable para la agricultura. En este sentido, aprovecharon las fuentes de agua naturales, adaptaron las aguadas y los incipientes sistemas de conducción y almacenamiento de agua y se convirtieron en “verdaderos expertos de las características del suelo peninsular” (Quezada, 2001). Hasta donde sabemos, los mayas

[...] seleccionaban el terreno, lo desmontaban con hachas de pedernal, quemaban para posteriormente proceder a la siembra. Realizadas estas tareas, dividían la superficie de acuerdo al tipo de suelo. Una la destinaban al maíz, chile, frijol y calabaza, y la otra al algodón. En mayo sembraban el maíz y un mes después el algodón. Los *milperos* cargaban un taleguillo en el hombro en donde estaba la simiente, y con la ayuda del *xul*, un palo puntiagudo, hacían un hoyo en la tierra y depositaban la semilla. Sembraban hasta tres milpas. Complementaron la producción de la milpa con la del *tancabal* o huerto familiar, en donde sembraban árboles frutales, achiote, henequén y el *balché* de cuya corteza fabricaban su vino. (Quezada, 2001).

Notas

- ¹ Artículo elaborado por Cintia Rogovsky, Coordinadora general de Anales de la educación común.
- ² Este texto sumerio escrito en caracteres cuneiformes sobre tablillas data aproximadamente del año 2000 a. C.
- ³ A este arquetipo se asocia la diosa egipcia Isis; la griega Perséfone; la Astarté fenicia; Ishtar en Mesopotamia; la *Pachamama* americana, etcétera.
- ⁴ Moneda de plata utilizada en el mundo árabe cuyo valor era la décima parte de un *dinar*, que era una pieza de oro.

Bibliografía

- Asimov, Isaac, (1977) *La Tierra de Canaán*. Madrid, Alianza, 1988.
- Dietrich, William, *El Muro de Adriano*. Barcelona, Byblos, 2006.
- Eliade, Mircea, “El simbolismo de las aguas”, en *Tratado de Historia de las religiones*. México, Ciudad de Biblioteca Era, 1972.
- Enciclopedia Encarta, Microsoft Windows, 1995.
- Gudiño Kieffer, Eduardo, *El príncipe de los lirios*. Buenos Aires, Emecé, 1995.
- Jung, Carl G., *Psicología y alquimia*. Barcelona, Plaza y Janes editores, 1989.
- Links, Robin; Brinton, Crane y otros, *Historia de la civilización*. México, Pearson Educación, 2000.
- Paris, Erna, *El fin de los días*. Buenos Aires, Emecé, 2003.
- Quezada Sergio, *Breve historia de Yucatán*. México, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, 2001, en el sitio de Internet de Yucatán http://www.mayas.uady.mx/historia/ph_01.html [Sitio consultado el 3 de julio de 2007].
- Sdelmayr, Hans, *Epocas y Obras Artísticas I*. Madrid, Ediciones Rialp, 1965.
- Siliotti, Alberto, *Egipto: Templos, hombres y dioses*. Barcelona, ediciones Folio, 1995, en el sitio de Internet IES Doña Jimena, <http://www.jimena.com/egipto/apartados/hidraulica.htm> [Sitio consultado el 3 de julio de 2007].
- Soria Trastoy, Teresa, “La Producción del Cereal”, en el Sitio de Internet de Egiptomanía, <http://www.egiptomania.com/vidacotidiana/cereal.htm#6> [Sitio consultado el 3 de julio de 2007].
- Vega, Thaís Indira, “El simbolismo del agua en la cultura mexicana”, en *Correo del Maestro*, n° 116, enero 2006. En <http://www.correodelmaestro.com/anteriores/2006/entero/2ateaua116.ht> [sitio consultado el 3 de julio de 2007].